

YURAK

Catalina Sojos

Ilustrado por Diego Larriva Calle



a Cat
mágica

YURAK

De guaguas, gatos y ríos

YURAK: De guaguas, gatos y ríos.
De la colección Cábalas y Espejos

© del texto: Catalina Sojos, 2025
© de las ilustraciones: Diego Larriva, 2025
© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-577-80-1
e- ISBN: 978-9942-577-94-8
ISBN de la colección: 978-9942-577-61-0
epub ISBN: 978-9942-54-004-1

Editor: Franklin Ordóñez Luna.
Diseño y diagramación: Diego Larriva Calle / Fernando Yukich.
Corrección de estilo: Franklin Ordóñez Luna / Mónica Martínez.

Libro arbitrado por pares: Lucrecia Maldonado / Juan Carlos Astudillo.

Impresión: PrintLAB de la Universidad del Azuay.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector.

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica.

Raffaella Ansaldi
Vicerrectora de Investigaciones.

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora.

YURAK

De guaguas, gatos y ríos

Catalina Sojos





PRESENTACIÓN

La literatura infantil y juvenil en nuestro país sigue siendo vista con desdén, incluso cuando nuestros autores canónicos han publicado libros destinados al público infantil o juvenil, esas obras son vistas como obras menores. Pero los libros que nos acercaron a la literatura “para ser lectores serios y exigentes” fueron los libros de literatura infantil. A pesar de la edad aún existimos lectores que seguimos maravillándonos con *El patito feo* de Andersen o *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlof.

En esa gran literatura infantil y juvenil clásica -muchía anónima y la mayoría escrita por varones- sus autores plasmaron sus voces de hombres, blancos y europeos. La voz de las mujeres fue escuchada a través de ellos y nos las mostraron como sumisas, incultas, poco críticas y poco reflexivas, cuya aspiración de vida era que aparezca el príncipe azul que las “salve”. Uno de los grandes libros que me acercó a la literatura universal fue *La charca del diablo* – en versión de Ariel Juvenil- solo con los años descubrí que George Sand era Aurore Dupin.

En el caso de la literatura ecuatoriana – destinada para niños y jóvenes- últimamente las mujeres han tomado posesión y lo hacen de manera ejemplar, por algo dos de ellas han sido reconocidas con el Premio Cervantes Chico. Pero ahora que tenemos libros -y muchas veces, sobreproducción de los mismos- los lectores, en el caso ecuatoriano, seguimos siendo pocos. Hemos perdido el único Plan Nacional de Promoción y Difusión del Libro (el que solo duró 4 años, y siempre estuvo centralizado), el precio de los libros que publican las editoriales nacionales o internacionales destinados para los niños y jóvenes son inaccesibles para estudiantes de la escuela pública. ¿Los padres de familia leen a sus hijos y animan a la misma? ¿Los profesores de lengua y literatura tienen la formación idónea para realizar buenas prácticas de lectura y escritura? ¿Cuál es el papel de la universidad frente a esta realidad?

Si acceder al libro en nuestro contexto es un privilegio y si los que leen, que son pocos, acceden a libro y éstos son en su mayoría de autores extranjeros, ¿cómo reconocernos como ciudadanos ecuatorianos a través de nuestra literatura?

Tenemos autores de literatura infantil y juvenil de calidad. Y es obligación nuestra leer sus libros, escuchar sus voces. Pero también es obligación de nuestros escritores

reflejar nuestro contexto -somos latinoamericanos, mestizos, pluriétnicos-, es obligación de nuestros escritores generar productos culturales que vayan más allá del simple entretenimiento y, más aún, descartar temáticas de autosuperación o autoayuda; los buenos libros no resuelven problemas de autoestima o finanzas. Los buenos libros incrementan la imaginación en los niños y jóvenes, también desarrollan habilidades, destrezas y competencias lingüísticas y comunicativas.

Al hablar de la literatura infantil ecuatoriana es imprescindible referirnos a la escritora Catalina Sojos. Ella desde diferentes frentes nos ha presentado a lo largo de su carrera libros destinados para chicos. Muchos niños han crecido con sus libros y los profesores han generado prácticas a través de sus textos en los que se examina la realidad social, cultural, antropológica e incluso ambiental. Sojos es una escritora con conciencia local, nacional y universal.

El medio ambiente y la conservación de espacios naturales han sido preocupaciones constantes de Sojos. Bajo esta temática la autora ha escrito algunos cuentos – sobre todo destinados para niños- consciente de que ellos son los que cuidarán, preservarán y protegerán estos espacios donde se genera y fecunda la biodiversidad y la vida. Bajo esa premisa han surgido textos en los que el Parque Nacional Cajas es uno de los espacios preferidos de la autora.

El Cajas, espacio donde crece y florece el agua para Cuenca, es el escenario para los cuentos más lúcidos y mágicos de nuestra autora. *Los alebrijes del Cajas*, texto inédito que incluimos en esta colección, la autora envuelve al espacio natural y único con metáforas y poesía, alebrijes que nos permiten ese diálogo intercultural con otras culturas y naciones. Consciente de que el agua es vida el 16 de septiembre de 2025 la autora marchó por las calles de la ciudad de Cuenca siendo el corazón del quinto río de Cuenca; al finalizar la marcha dijo: "Jamás he tenido una experiencia más hermosa. Disfruto de ser combativa y revolucionaria... Hoy he comprobado que la

palabra puede incendiar o apaciguar a un pueblo”.

Catalina Sojos es una de las voces más firmes de la literatura infantil cuando nos referimos a la diversidad étnica y la fortaleza cultural que poseemos como nación. En muchos de sus cuentos los personajes nos recuerdan nuestra identidad y diversidad cultural. De sus cuentos surgen voces de personajes herederos de la cultura inca y cañari. Protagonistas que desde nuestro contexto e incluso migrantes y/o sus hijos que han nacido fuera de Ecuador, reciben como eco los mitos, costumbres, leyendas y tradiciones de los pueblos andinos de los cuales sus padres son parte. Si naces y habitas Nueva York, Madrid, Roma, etc., las colinas del Sigsig, Cañar, Gualaceo, Tarqui, Nabón, Saraguro, etc., son postales donde seres mitológicos danzan al son del tambor y los rondadores. Inti Raymi / Quilla Raymi.

Pero Cuenca es la verdadera “musa” de la autora. Ella es el escenario de la vida y del amor, de la angustia, la soledad y la muerte... La ciudad andina, envuelta en agua y cúpulas, es imprescindible en la obra de la poeta; en *Cantos de piedra y agua*, sentencia: “soy la que habita esta ciudad sin mar y escribo /con el polvo de sus cúpulas”. Es una relación ambigua la que se genera entre la ciudad que habita la poeta y la ciudad que habita a la poeta. Como esas relaciones que con los años el amor se convierte en costumbre; en otras ocasiones se percibe a la ciudad como la aldea que limita. En fin. Pero dentro de este territorio como un punto mágico y angular sobresale Guangarcucho (*Rincón del tambor*), para muchos el mejor libro de Sojos. El epígrafe de Duras nos hace recordar la intensidad de la vida y es así, efectivamente como este libro desgarra la vida hasta llegar al límite y desde la orilla del precipicio, surge la fuerza de estos versos heroicos y universales; profundos y desgarradores. Hay que leer con mucha atención estos versos para disfrutarlos... cada vez que regresamos a él estamos más seguros de la cercanía con *De profundis* de Wilde, ese texto oscuro y doloroso, pero por ende tan humano, que nos desgarra el alma y la vida.

La colección *Cábalas y espejos* de Catalina Sojos está compuesta de ocho libros; cuatro destinados al público infantil y cuatro para el público juvenil. Tanto los niños como los jóvenes del país deben leer a nuestra autora. Si pensamos en la naturaleza, en la identidad cultural, en la mujer, e incluso en la ciudad, es necesario que tanto niños y jóvenes lean, escuchen e infieran los textos de Sojos.

Cada uno de los libros los hemos estructurado pensando en los niños y jóvenes. Esta colección incluye casi la totalidad de la obra literaria de nuestra autora, incluso tenemos textos inéditos.

Esta colección evidencia la visión de Catalina Sojos frente al mundo, su percepción frente a los temas que siempre le han preocupado e incluso a favor de los cuales ha alzado su voz desde las páginas de diarios, plataformas digitales y entrevistas. Como ya lo hemos manifestado, Sojos tiene claro que tanto los niños y los jóvenes con conciencia social son los que preservarán nuestro medio ambiente y nuestra identidad cultural que ella promovió, difundió y conservó cuando se desempeñó como Directora del Museo Manuel Agustín Landívar: espacio donde confluyen armónicamente vestigios de las culturas cañari, inca y española.

Por su parte, la visión nuestra como editores, fue armar la colección agrupando esa gran producción de la autora bajo temas y tomos específicos y que tanto niños y jóvenes deben conocer. Esos textos los acompañamos de paratextos que permiten el diálogo coherente entre el texto y el lector. Como elemento principal de estos paratextos surgen las ilustraciones de Diego Larriva, él con su experiencia en la ilustración y, a través de un trabajo limpio y meticuloso generó esa especie de pasaje que permitirá a los niños y los jóvenes, disfrutar de mejor manera estos cuentos y poemas.

Los paratextos son indispensables para una colección infantil y / o juvenil; éstos generan un diálogo coherente entre textos literarios y el lector. Dentro de los paratextos, en nuestro caso, las ilustraciones son las principales herramientas para acercar a los chicos al texto. Diego Llariva tiene un buen recorrido en el campo de la ilustración; su talento se manifiesta en cada línea, en cada trazo, en cada color; pero sobre todo su idoneidad es evidente en las ilustraciones de los libros para

jóvenes. En la literatura destinada para el público juvenil -que es la obra de Sojos que la ha posicionado entre los grandes del país- Larriva se siente más libre, más seguro, pudo experimentar más con las formas, el color, la técnica y sorprendernos con textos limpios pero a la vez cargados de subjetividad... estas bellas ilustraciones son complementos textuales que también pueden fluir solas y, que como toda obra de arte, servirán a los chicos para pulir su gusto estético y generar múltiples interpretaciones.

En la contraportada de cada tomo contamos con la colaboración de escritores, poetas e investigadores, locales, nacionales e internacionales, que gustosos decidieron ser parte de esta colección con sus comentarios que de manera precisa nos acercan a cada uno de los tomos de la colección.

Entregamos *Cábalas y espejos*, de Catalina Sojos, con ilustraciones de Diego Larriva, seguros de que como institución universitaria hacemos un aporte valioso a la comunidad. Este trabajo apasionante y apasionado tiene el objetivo de llenar espacios y necesidades en el sistema educativo nacional, de ofrecer libros de calidad a niños y jóvenes; todos pueden acceder de manera gratuita a los ocho tomos a través de la versión digital que consta en el Catálogo de la Casa Editora de la Universidad del Azuay.

El libro y la lectura cambian el mundo, pero necesitamos de la colaboración del Ministerio de Educación, de las autoridades de educación, de los profesores de lengua y literatura. El éxito de todo proyecto educativo depende de todos. Como lo manifestó nuestra autora: *la palabra puede apaciguar o incendiar a un pueblo*, necesitamos que nuestros niños y jóvenes lean, que tengan conciencia social, que sean los que cuiden y protejan el agua y la naturaleza, la cultura que nos consolida como potencia; necesitamos niños y jóvenes críticos y autocriticos que amen a su país, a sus hermanos, su territorio, nacionalidad y cultura.

Franklin Ordóñez Luna.
Cuenca, noviembre de 2025





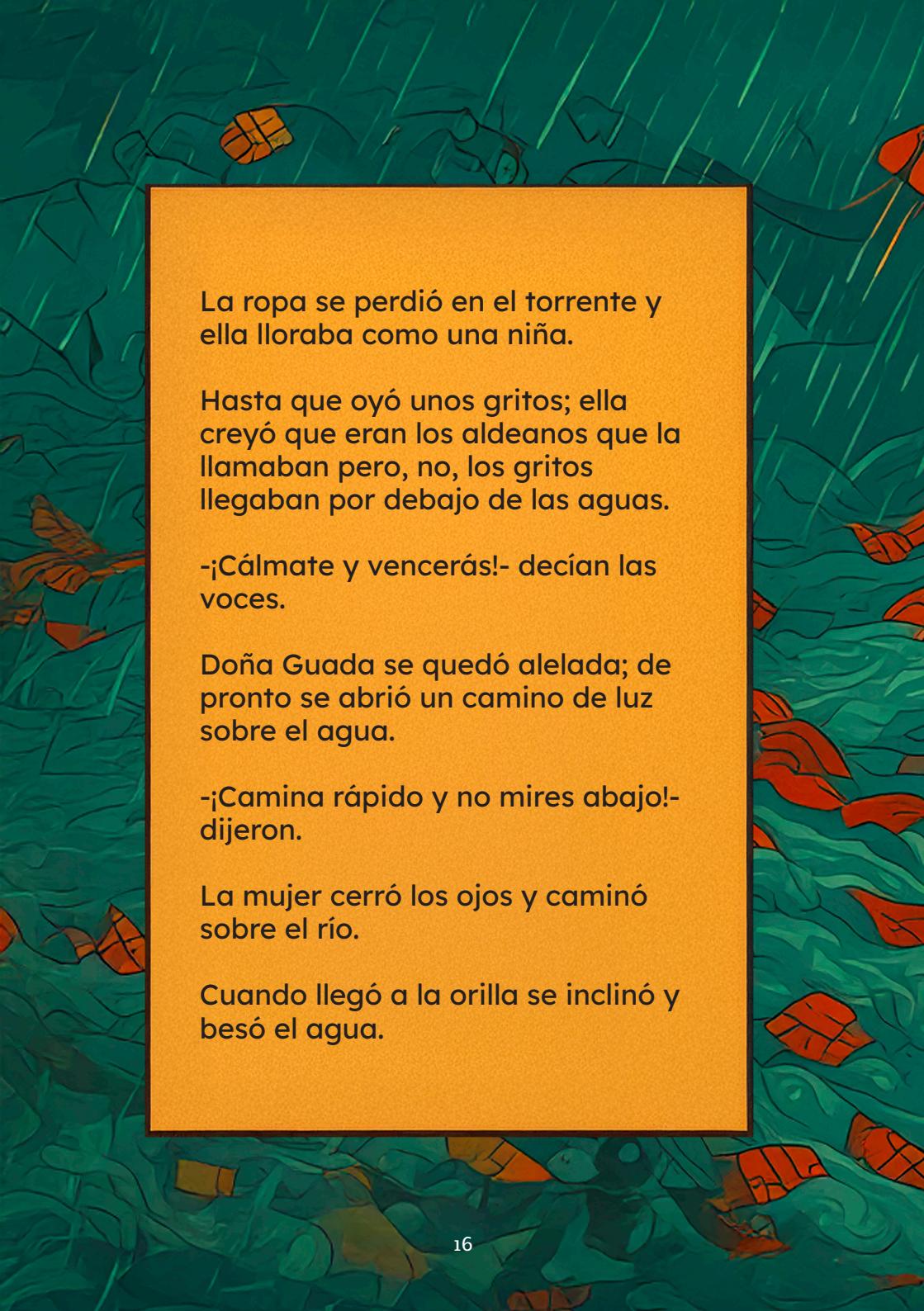
Tomebamba

En Cuenca hay cuatro ríos. El padre Tomebamba, que a veces se pone furioso y golpea las piedras como si fueran pelotas de fútbol, el niño Yanuncay, la madre Machángara y el juguetón Tarqui. Esta familia de agua juega a la ronda y rodea nuestra ciudad.

Una vez, doña Guada había bajado a lavar su ropa a las márgenes del Tomebamba; de pronto comenzó a llover, primero despacito y luego las gotas se convirtieron en un aguacero torrencial.

La mujer no sabía qué hacer porque, sin darse cuenta, se había metido muy hondo en el río y permanecía paradita sobre una piedra en medio de las aguas que bramaban a su alrededor.





La ropa se perdió en el torrente y ella lloraba como una niña.

Hasta que oyó unos gritos; ella creyó que eran los aldeanos que la llamaban pero, no, los gritos llegaban por debajo de las aguas.

-¡Cálmate y vencerás!- decían las voces.

Doña Guada se quedó alelada; de pronto se abrió un camino de luz sobre el agua.

-¡Camina rápido y no mires abajo!- dijeron.

La mujer cerró los ojos y caminó sobre el río.

Cuando llegó a la orilla se inclinó y besó el agua.





El padre Tomebamba le devolvió el beso y advirtió con su voz que cayó entre las piedras.

-¡No vuelvas a cometer el error de entrar sin mi permiso en el agua; por ahora vete y déjame en paz!



Un día
Dios hizo un
saramontón
con todas las cintas de colores
que le sobraron del arco iris y lo
lanzó a la tierra; se formó una
lomita en nuestro pueblo, allí
la gente construyó una iglesia
blanquísimá que se mira desde
todas partes; pero, para no
olvidar que era un regalo de Él,
tiene cintas azules en las ventanas
y en el campanario.

Y cuando hacen fiestas los
campesinos, colocan un palo muy
largo untado de manteca y en la
punta muchísimas cintas de
colores, con regalos para
los guaguas que viven
en la lomita feliz.



El tren

Había un trencito que quería volar.

Se subió a una cometa y fue
trepando más allá de los alambres,
de las casas y montañas.

Cuando llegó al cielo, Diosito había
sacado a tender las nubes.

Nuestro amigo las escurrió
un buen rato. Así se entretuvo
mirando a la gente feliz porque
llovía.

Y decidió quedarse.

Ese era el trencito que un día
tuvimos en Cuenca y del cual
quedan todavía los rieles en Gapal.



Challi

A la quebrada del Challi Huaico,
¡sí! ha llegado el agüita cantarina,
el agüita cantarina
¡sí!

Y se ha quedado mirando
¡ay!
a un nogal escondido
a un nogal escondido
¡sí!

En la quebrada del Challi Huaico,
¡ay! del Challi Huaico ha nacido
el amor entre el agua cantarina
y el nogal reverdecido
¡sí!



Estatura

Las secoyas son inmensas, dicen que quieren llegar al cielo.

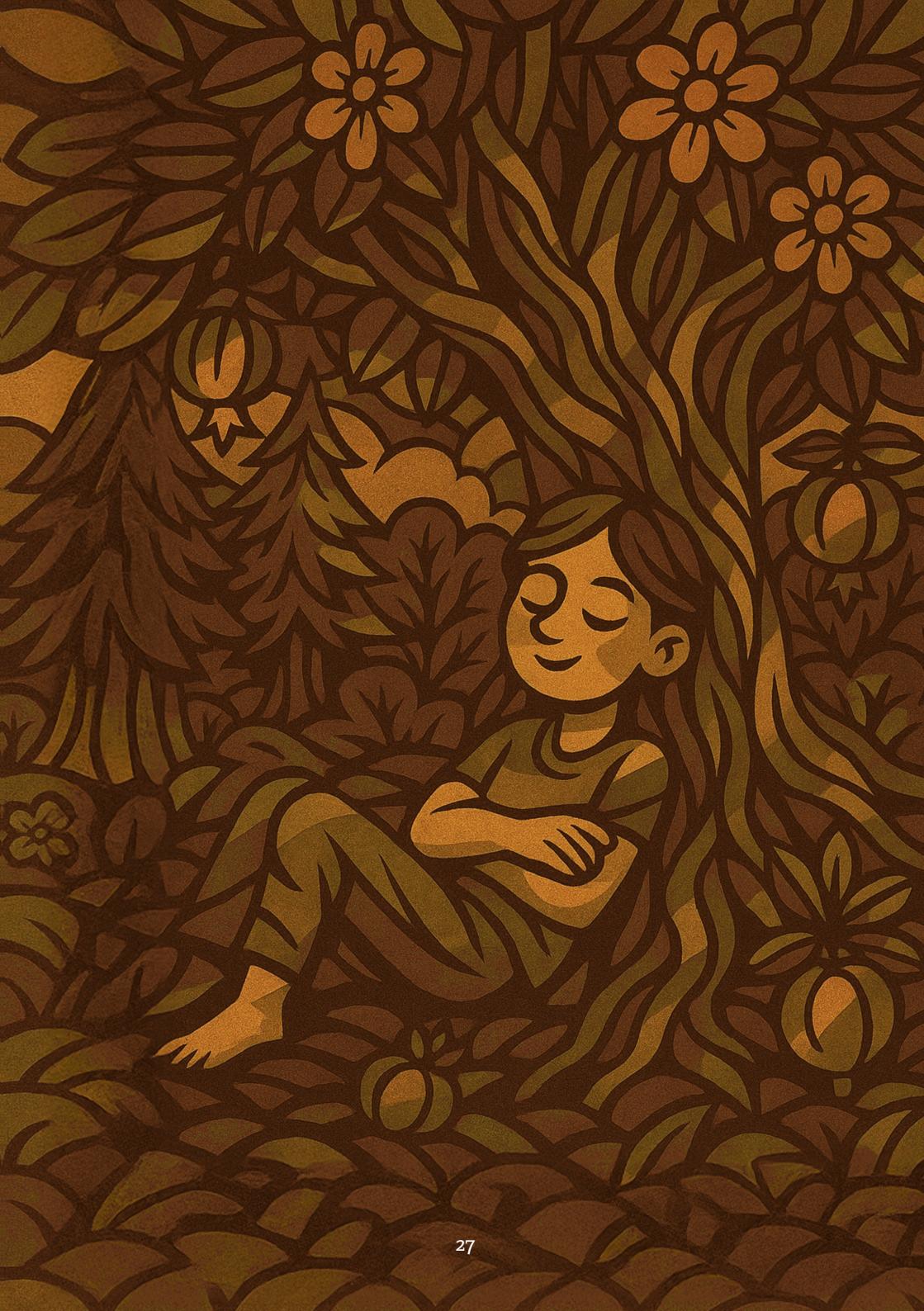
Yo no las conozco pero cerca de mi casa hay unos árboles muy altos que se llaman pinos y la gente los rompe en época de Navidad.

¡Pobrecitos! Se quedan rasgados para siempre.

También hay árboles pequeñitos como la granada y el durazno. Los más chiquitos nos regalan frutos y los altos nos obligan a soñar con la belleza.

Los árboles son nuestros hermanos mayores, en su piel arrugada miramos las huellas del tiempo.

Si te recuestas bajo su sombra mirarás el cielo poblado de hojas y flores.



Balcón

Tengo un balcón en mi casa
construido de madera y agua.

Los balcones son como viejos
coquetos que salen a mirar el
mundo. En las ciudades pequeñas
todavía existen y se cuelgan al filo
de las calles empedradas.

Yo converso con él y me cuenta
historias antiguas.

El otro día llegó un colibrí y se
quedó paradito en mi balcón.
Yo lo miraba preparándose para
una fiesta.



Se embadurnaba de colores, se espulgaba debajo de las alas, se rascaba la cabecita y con las ramas del sauco abrillantaba su pico.

Luego hizo górgaras con la luz, alzó el vuelo y desapareció en la mañana.

Mi balcón está lleno de magia; es como una cajita de regalo en el día de tu cumpleaños.



Música

Cuando la música cayó del cielo se extendió por mares y montañas. Tocó las hojas de los árboles y las alas de las mariposas, la garganta de los pájaros y la piel arrugada de las piedras. Se hizo amiga del viento y de la lluvia, junto a ellos, fabricó violines con los hilos de las telarañas.

Si tú tocas un palito de madera lo sentirás calientito de música y sol y si lo haces vibrar la encontrarás. También se esconde en el hierro y en el agua.

Si cierras los ojos la hallarás haciendo latir tu corazón.



Promesa

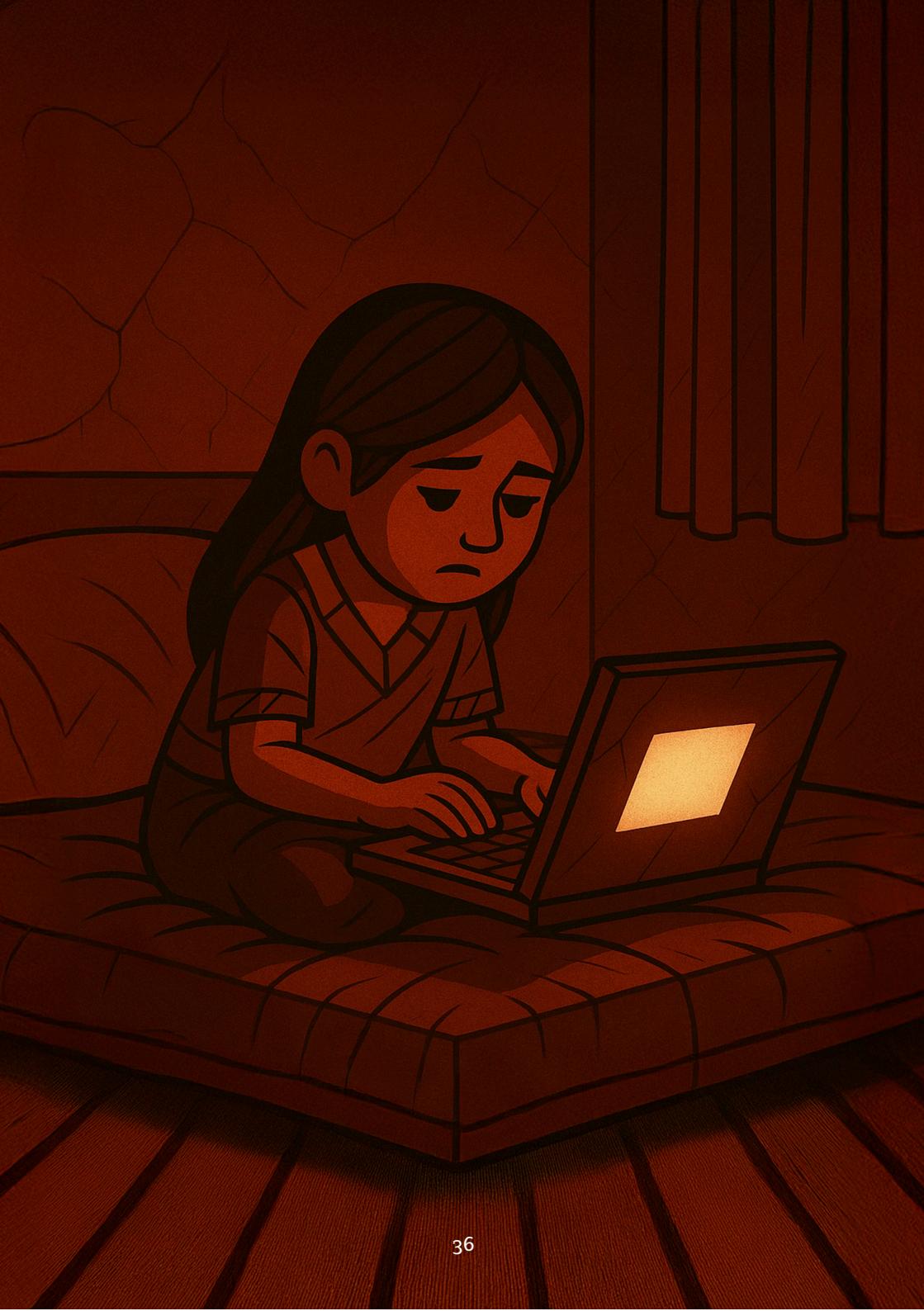
Las promesas son piedras preciosas. Tienes que guardarlas en el rincón más secreto de tu corazón. Cuando las sacas debes cumplirlas, porque sostienen la confianza.

Aquí está mi promesa para vos:

A Gabriela le gustaba muchísimo cuidar una pequeña planta de perejil, hasta que un día llegó a su casa una hermosa computadora; la niña comenzó poco a poco a jugar con ella y se olvidó de su amiga.

Vinieron las heladas y el perejil lentamente se fue marchitando; mientras tanto, la chiquilla no desprendía sus ojos de la máquina.



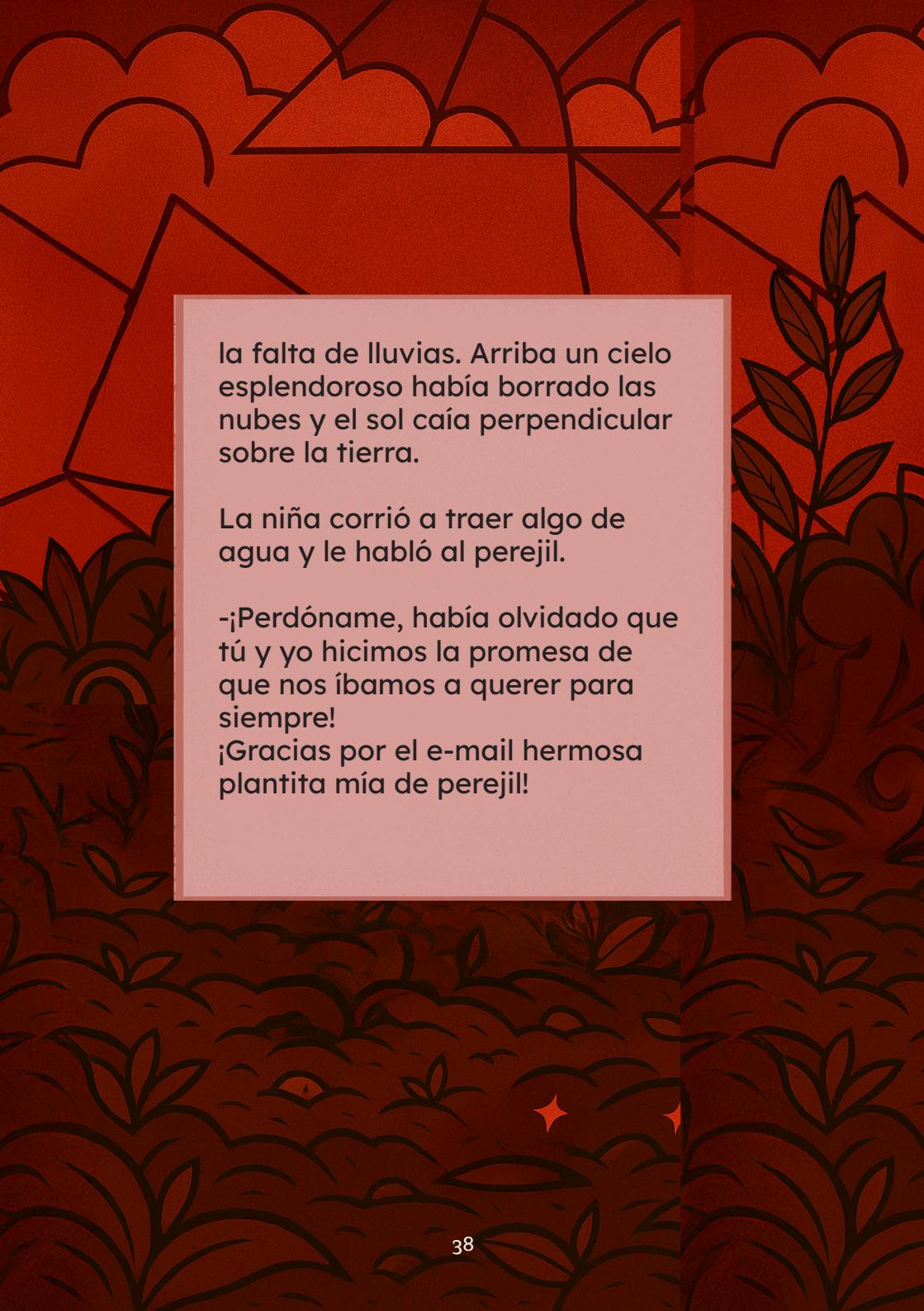


En cierta ocasión recibió un e-mail muy extraño:

-Tengo un juego mejor que el que te gusta -escribía alguien desde algún remoto lugar de la tierra.
Gabriela sin dudarlo contestó:
- Muéstramelo.
- Tienes que desconectarte de Internet y bajar a tu huerta.
- ¿Estás loco? -respondió la chica
- Si quieras jugar, es cosa tuya
-dijo el mensaje.

Gabriela -refunfuñando- apagó la computadora y bajó a la huerta.

¡Qué sorpresa! La plantita de perejil se moría por la nostalgia y



la falta de lluvias. Arriba un cielo esplendoroso había borrado las nubes y el sol caía perpendicular sobre la tierra.

La niña corrió a traer algo de agua y le habló al perejil.

-¡Perdóname, había olvidado que tú y yo hicimos la promesa de que nos íbamos a querer para siempre!

¡Gracias por el e-mail hermosa plantita mía de perejil!



Chispas

En el cántaro de la cocina encontré chispas arrugadas como palabras. Metí mi mano para atraparlas. La humedad recuperó la memoria y el cántaro habló desde su voz de arcilla.

-¿Qué haces?- dijo.

-Sólo quiero recordar una canción pequeña. Para ello necesito palabras.

-¡Tienes que investigar en el fondo y hallarás!

Busqué más adentro y encontré agua.

- Tira un pensamiento como una piedra, tendrás una sorpresa rió el cántaro con su boca de jarro.

Examiné entre mi pelo el ras ras del pensamiento. Las chispas huyeron con una carcajada.

- ¡ No puedes, no puedes!- me gritaron. El sol de las cinco seguía lamiendo el cántaro.

Hundí mis manos más adentro y encontré una idea pero se resbaló.

De pronto una palabra larga se atragantó y quedó como bufanda en el cuello del cántaro.

- ¡Achips!- estornudó.

- ¡Chispas!- dije - ¡Ya encontré mi canción!





Mi abuela

-¡No junes la olla de barro con la de metal!- recordó mi abuela y se secó las manos con el delantal.

-¿Qué quieres decir? - preguntó José.

-Que debes tener cuidado con tus amigos vos que andas todo el día en la calle - Refunfuñó su padre.

De pronto la puerta se abrió. Rafaela entró furiosa.

-¿Dónde están mis botas amarillas? abueeeela- gritaba con todas sus fuerzas.

-Voy - dijo la anciana y se sentó a recoger los últimos granos de maíz. La estera desbordaba de porotos, maíz, arveja y lenteja. Esa cosecha del pedacito de campo que había quedado, luego de que se fueron las mineras.

-¡Y mi celulaaaaar!- estallaba la chica.

-Hijita, debes ser más cuidadosa con tus cosas- un hilo de voz que pertenecía a mamá llegó en un susurro.



-Busca debajo de la cama ¿Y qué haces con esos pelos parados? ¿A dónde vas?- las preguntas caían a montones sobre Rafaela.

-¡Qué fachas! - dijo desde su cuarto tía Euclides.

- “Ande yo caliente y ríase la gente” - contestó la muchacha. Rebelde y altanera no tenía quién le sermonee.

La abuela se fue a dar de comer a los colibríes. Ahora se inventaba la jalea y hervía azúcar, porque las flores habían desaparecido como los árboles.

El olor del membrillo llenó la casa. Los cuartos se perfumaron y las sábanas salieron volando por la ventana.

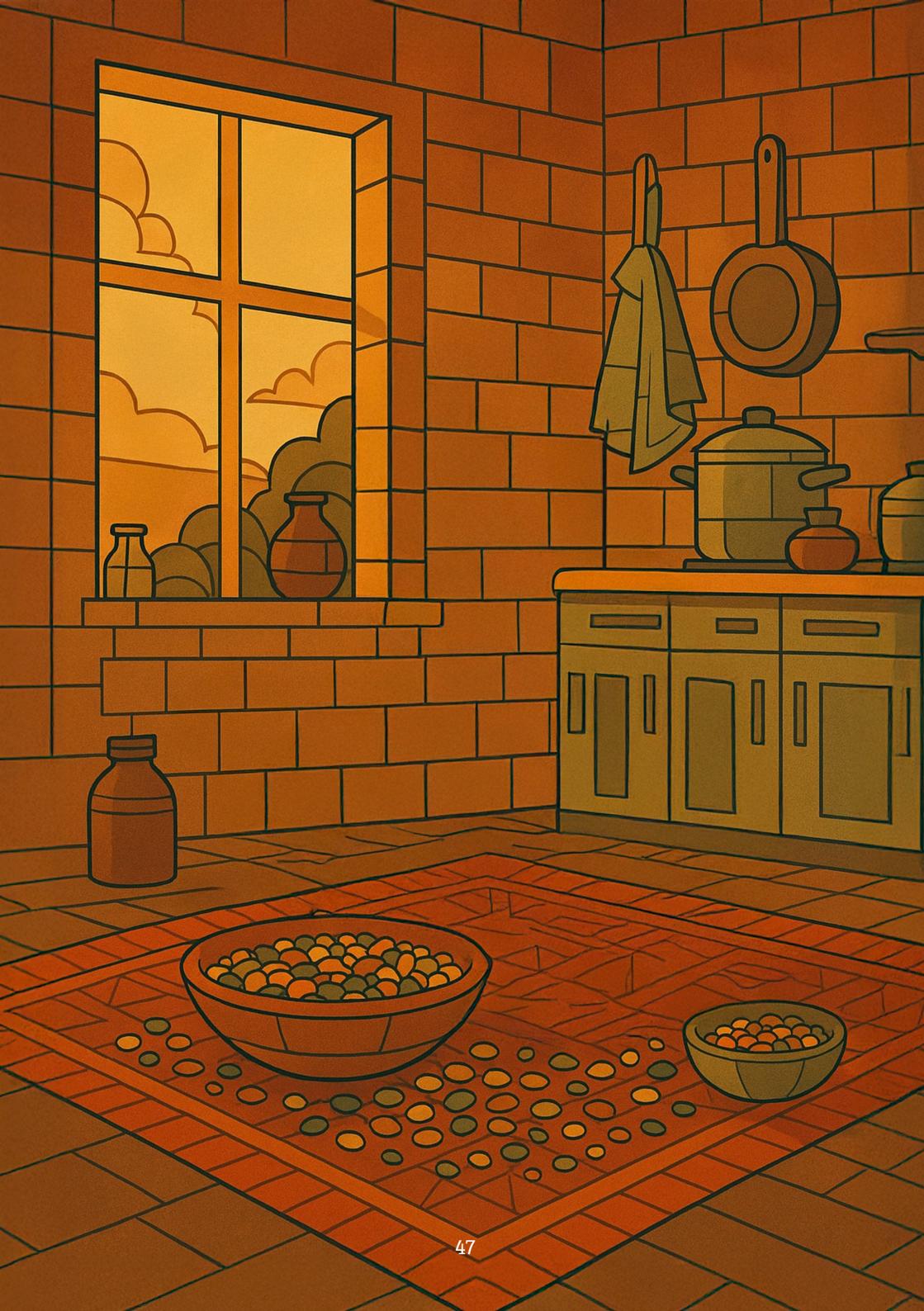
-¡Abueeeeela! ven a ver la tele. Ya están dando las noticias- gritaron los chicos.

-Voy- dijo la abuela y salió al zaguán.



“Hay tardes en las que uno desearía/embarcarse y partir sin rumbo cierto” recordó al poeta y suspiró levemente.

“¿Dónde estará mi Julio Jaramillo? Y una lágrima se deslizó hacia sus manos arrugadas. Mi jabón Palmolive, el agua de rosas, el mentol y las recetas de doña Petrona. Todo eso se esfumó como el viento”.
La abuela se acurrucó en sus recuerdos. Luego se quedó dormida para siempre.



Karuy y el temido doctor Fresa

El doctor Fresa se alejó del escritorio. Le parecía recordar los maullidos de dolor del gato cuando lavó sus orejas con alcohol.

- Jamás se me hubiera ocurrido - ahora me acusarán de mala práctica médica veterinaria - pensó en tanto arrugaba su naricilla.

Eugenia lloraba sin consuelo y sus lágrimas se derretían en el azul de los ojos de Karuy, su compañero.

Un velo había caído, como una nube, sobre su mirada. El tercer párpado que tienen los gatos cubría más de la mitad de su ojo izquierdo.

Mientras Karuy temblaba, luego del maltrato, la niña decidió que buscaría en toda la ciudad el remedio.

Así fue como en el parque encontró al peluquero y le preguntó por una solución.





- Yo no sé - dijo el viejo, pero en la botica puede haber un ungüento. Eugenia corrió hasta ese lugar donde una mujer que tenía bigotes, vendía unas mezclas de todos los sabores.

-Para eso no tengo nada - dijo la vieja. Y cerró la ventana.

-¡Ay de mí!- se lamentó y bajó hasta el puente del Vado.

Los chicos que vendían pulseras no le hicieron caso; cerca de la universidad el olor de la manzanilla le recordó su casa y se echó a llorar.

- Todo lo que tengo es mi Karugemía mientras abrazaba más a su gatito que se había quedado dormido. Pronto pasaron los profesores, iban planeando sus exámenes y sus pensamientos se trepaban a los árboles.





-Ellos no saben nada- dijo una voz chillona ... Eugenia reparó en una zarigüeya que comía debajo de un nogal.

-¿Cómo haces eso?- exclamó- ¡Te vas a enfermar como mi Karuy!

-No- contestó, irónica, la zarigüeya -porque yo vivo aquí en las cuevas del Tomebamba y no conozco a ningún doctor Fresa.

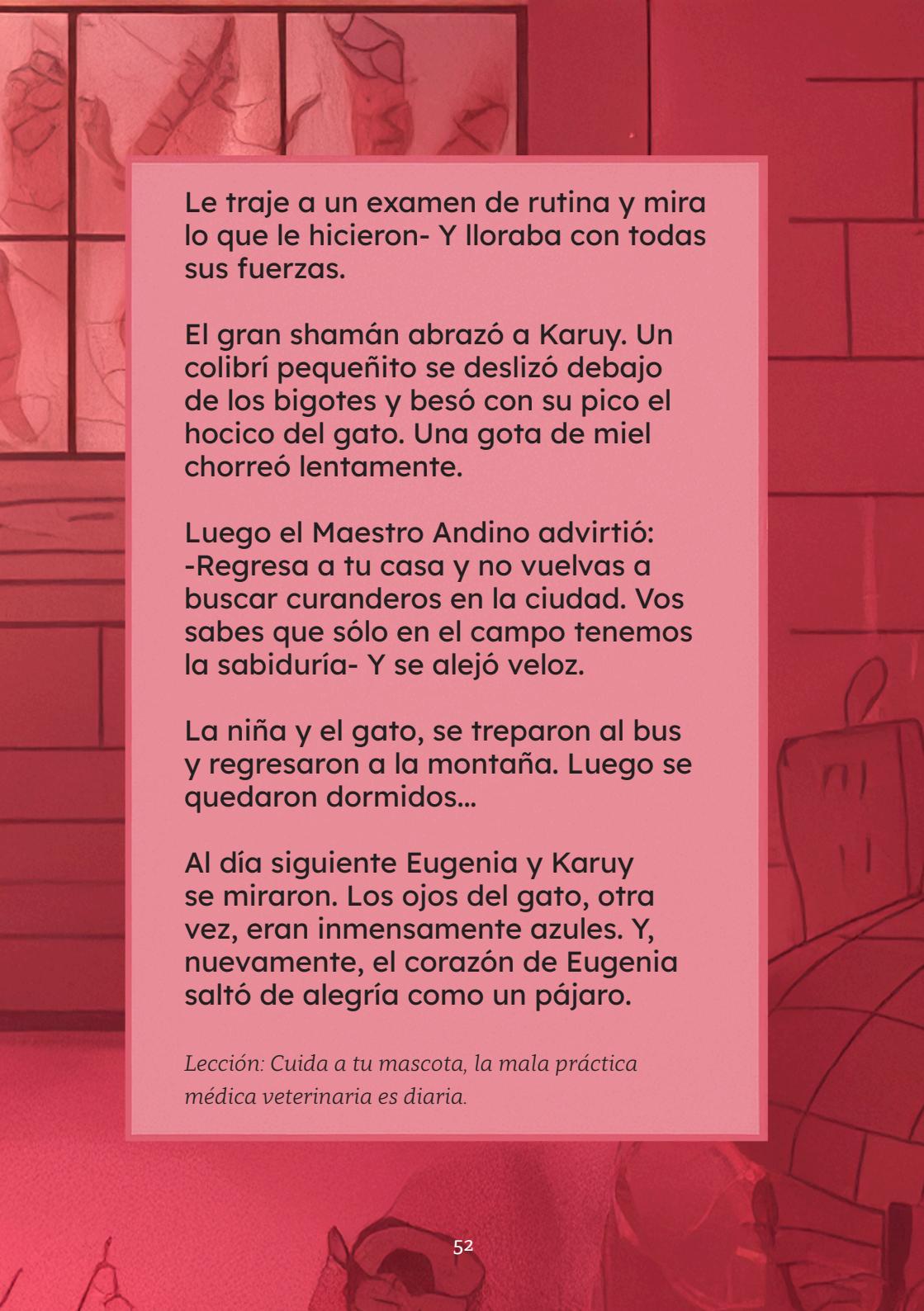
Y se alejó saltando. Karuy abrió los ojos. El tercer párpado se había extendido y cubría su ojo izquierdo. “Tendré que llamarlo” pensó Eugenia y comenzó su saludo al sol.

El gran shamán apareció con los colibríes revoloteando sobre su cabeza.

- ¿Qué sucede? - dijo desde su voz que le recordaba a su abuela.

-Se trata de Karuy, mi gato blanco-susurró temblando de miedo la niña-





Le traje a un examen de rutina y mira lo que le hicieron- Y lloraba con todas sus fuerzas.

El gran shamán abrazó a Karuy. Un colibrí pequeño se deslizó debajo de los bigotes y besó con su pico el hocico del gato. Una gota de miel chorreó lentamente.

Luego el Maestro Andino advirtió:
-Regresa a tu casa y no vuelvas a buscar curanderos en la ciudad. Vos sabes que sólo en el campo tenemos la sabiduría- Y se alejó veloz.

La niña y el gato, se treparon al bus y regresaron a la montaña. Luego se quedaron dormidos...

Al día siguiente Eugenia y Karuy se miraron. Los ojos del gato, otra vez, eran inmensamente azules. Y, nuevamente, el corazón de Eugenia saltó de alegría como un pájaro.

Lección: Cuida a tu mascota, la mala práctica médica veterinaria es diaria.



La rana navideña

Celia vivía en una lavacara.

Bajo el espejo del agua había un gran surtidor en donde se mecía como si fuera una hamaca, además en un borde del utensilio tenía una pista de salto alto en la que practicaba sus ejercicios.

Y es que Celia era una gran atleta y muy buena bailarina. Le fascinaban la cumbia, el son, y el merengue. La lavacara estaba ubicada exactamente en la esquina entre el estante de Zoología y la ventana ojival de la biblioteca de Juan.

Ellos eran amigos y se ayudaban mutuamente. El cambiaba el agua todos los días y le daba de comer, a cambio, ella recogía las palabras que se le caían dentro del recipiente, las lavaba,





las perfumaba y las devolvía relucientes para que él escriba mejor. Eran felices.

Hasta que un día su amigo le llevó a conocer la ciudad. Era la semana anterior a la Navidad y se acostumbraba contar cuentos, regalar fundas de caramelos y cantar villancicos. El escritor había prometido relatar un cuento a los niños.

- ¡Apúrate que estamos atrasados! - le gritó mientras esperaba impaciente que la ranita se colocara sus pestañas postizas y, al vuelo, pescara su cartera roja y sus tacones de baile.

-¡Ya voy, ya voy! - decía Celia hasta que, de un salto, se trepó a la cabeza de Juan.





El escritor cerró la puerta de la casa y se alejó con su paraguas, abrigo y sombrero en el que había un hueco de polilla desde donde la ranita contemplaba todo el panorama. Cuando llegaron al parque se toparon con el Pase del Niño Viajero. ¡Qué susto se pegó nuestra pequeña Celia! El olor del incienso le hizo estornudar, las bandas de música y los cohetes le dejaron medio sorda. De todos modos, llegó ilesa a la reunión.

En tanto Juan saludaba con sus amigos, Celia resolvió explorar el terreno. De esta forma conocería a otros animales.

Los escritores que estaban contando cuentos sacaban de sus cabezas cualquier cantidad de seres extraños. Había curiquingues, mazhos, tapires,

armadillos que sobrevolaban en la habitación. En tanto, los niños escuchaban asombrados. Celia no pudo resistir la tentación y saltando de la cabeza de su dueño fue a caer en un libro. ¡Qué sorpresa! allí estaba una ranita que solía cantar a la luna.

-¿Cómo así cantas a la luna?- dijo Celia extrañada.

-¿Porque vives en una lavacara?- contestó la diminuta.

-Cuéntame vos primero- retó nuestra amiga.

-Está bien- sucede que Eliécer me inventó para que enseñe a los niños que las ranas no sólo cantan cuando va a llover, sino que también suelen hacerlo como yo, sólo por placer.

-Qué bien - dijo Celia - En cambio yo vivo en la lavacara de Juan por amor. Nos queremos mucho y somos amigos.



De pronto se desplomó una nube que cubrió todo el paisaje. Era una camisa blanca. Nuestra rana se quedó tonta y ciega. Sin darse cuenta había caído en el bolsillo de otro cuento. Iván la encontró entre los pliegues.

-¿Quién eres? -preguntó extrañado.

-Soy Celia, la rana de la lavacara- respondió un poco malgenio- ¿Y vos quién eres?

-Yo vine a contar cuentos a los niños por Navidad -dijo Iván- y se me escaparon las palabras, porque tengo la manía de quedarme mirándolas como si sólo fueran de colores.

-Y de qué color están este rato?

-¡Uh, de todos! porque ya recobré mi cuento- sonrió él.

“¡Estos literatos, tienen cada cosa!”, pensó Celia, y se alejó dando saltitos hasta un grupo de animales que discutían y reían alegremente.



- ¡Bacán la reunión!- comentaba el sapo.

-¡Así es! convenían todos. ¿Creen que les gustamos a los niños?- dijo, como siempre dudosa, la curiquingue.

-¡Claro que sí! ¿Acaso no te acuerdas cómo los chicos también contaron cuentos? Fíjate Jacinta, la niña del vestido rosado, habló del gigante que ensuciaba el agua y Pedro no paraba de narrar cómo la luna aprendió a leer.

-Bueno- concluyeron- ahora sí vamos a celebrar la Navidad.

-Al frente hay un hermoso nacimiento- dijo un chico de gorra amarilla -¡vamos a saludar al Niño!

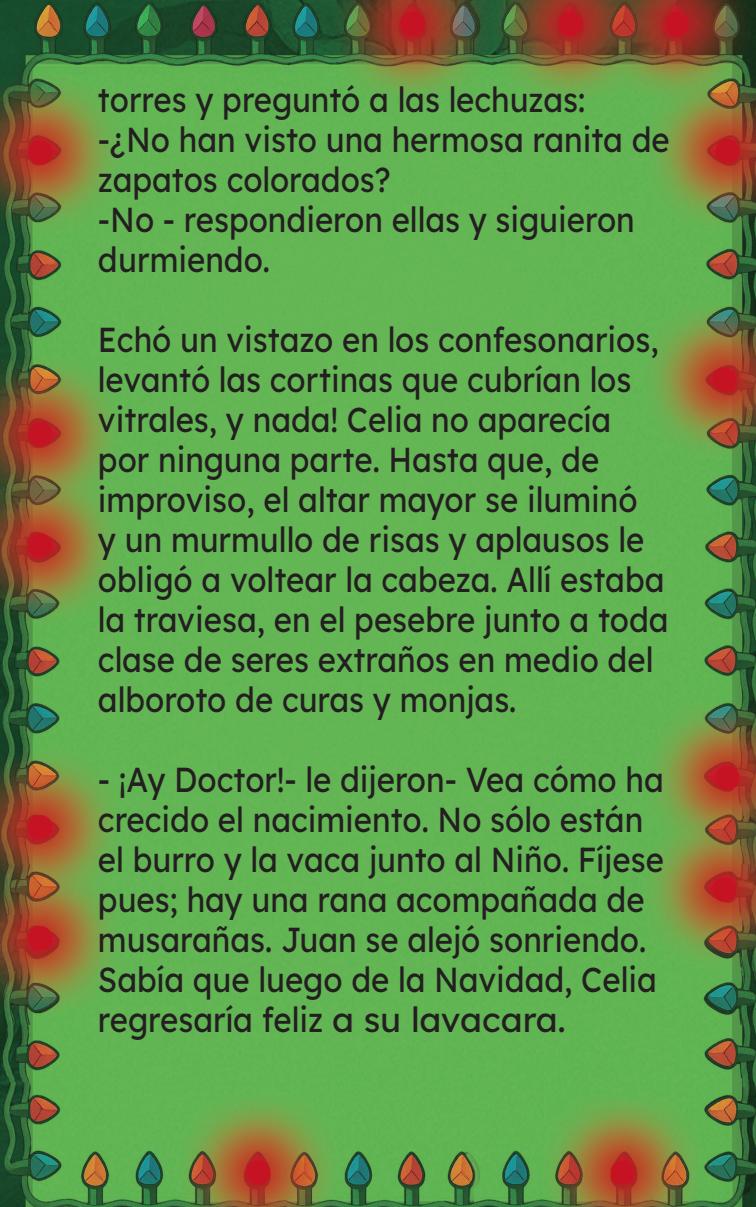
Entonces niños y animalitos salieron, en medio de globos, cohetes, serpentinas, campanas

y cirios de todos los tamaños, rumbo a la iglesia, y nuestra amiga Celia se metió en la procesión. Llegaron a un templo enorme con columnas de mármol y altares dorados, la banda del pueblo tocaba toda clase de instrumentos: las trompetas, trombones, platillos y bombos entonaban los villancicos en tanto los chicos disfrazados de negros danzantes hacían sonar las maracas y una multitud de mayoriales vestidos con trajes bordados y montados en caballos adornados con guirnaldas de frutas, cigarrillos, y botellas de vino o champaña cantaban sin parar: “Gloria cantando en los cielos ya los ángeles están...”

Celia saltaba de un lado a otro feliz ¡No podía creer tanta maravilla! De pronto, vio al

Niño Jesús, vestido con su mejor traje sobre un pesebre de paja protegido por el Ángel de la Estrella y rodeado de sus padres San José y la Virgen María, los pastores, los borregos, la mula, el buey, los camellos y además los Reyes Magos. Entonces Celia decidió quedarse y adorar al Niño, y como hay muchas formas de hacerlo, se dispuso a bailar. El son, la guaracha, la cumbia y la salsa recorrían todo su cuerpo haciéndole cosquillas. Sus zapatos rojos no paraban de dar vueltas, y su minifalda verde volaba en remolinos.

Mientras tanto Juan buscaba sin cesar a su ranita y desesperado se fue a la catedral. Miró debajo de las bancas, detrás de los altares, en el horno de hacer hostias, rebuscó en los roperos que guardaban las casullas y ornamentos, subió a las



torres y preguntó a las lechuzas:
-¿No han visto una hermosa ranita de
zapatos colorados?
-No - respondieron ellas y siguieron
durmiendo.

Echó un vistazo en los confesonarios,
levantó las cortinas que cubrían los
vitrales, y nada! Celia no aparecía
por ninguna parte. Hasta que, de
improviso, el altar mayor se iluminó
y un murmullo de risas y aplausos le
obligó a voltear la cabeza. Allí estaba
la traviesa, en el pesebre junto a toda
clase de seres extraños en medio del
alboroto de curas y monjas.

- ¡Ay Doctor!- le dijeron- Vea cómo ha
crecido el nacimiento. No sólo están
el burro y la vaca junto al Niño. Fíjese
pues; hay una rana acompañada de
musarañas. Juan se alejó sonriendo.
Sabía que luego de la Navidad, Celia
regresaría feliz a su lavacara.



Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2025, en el PrintLAB de la
Universidad del Azuay, en Cuenca del Ecuador.

Catalina Sojos, voz poética mayor del contexto ecuatoriano, nos entrega esta serie de microcuentos cercanos a la cotidianeidad cuencana. Un universo de huaicos, guaguas, ríos que hablan y besan. La música y los espacios de todos aparecen línea a línea y se bifurcan en el agua, el palo encebado, las mascotas, entre otros. Yurak el nombre escogido por la poeta no resulta arbitrario, sino que se convierte en una un vórtice, centro de acción, desde el cual un mapeo andino nos lleva de la mano. Este nombre como sustrato lingüístico nos decanta en la sinestesia y en la nostalgia. Los recorridos narrativos por la ciudad, la casa, la ruralidad, la memoria y la poética, que Sojos nos brinda, son aristas que reúnen la ritualidad, los saberes y lo habitual. Este imaginario tangible construido desde las palabras, las saudades y las imágenes muestran los mojones sobre los cuales perviven estos relatos de todos. Por otra parte, y no menos importante, surgen las imágenes que ilustran el libro. Diego Larriba yuxtapone lo visual y lo narrado de tal manera que al contemplar las ilustraciones la paleta cromática se enlaza a lo discursivo y cumple con el propósito del libro y espera con ansias el público al que está dirigido.

Juan Fernando Auquilla Díaz



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa Editora

ISBN: 978-9942-577-94-8

9 789942 577948